



de Dios” o “justos entre los gentiles” (personas honradas, que han realizado alguna acción en favor de los judíos); incluía en el segundo escalón a los “adoradores de Dios” y culminaba en el grado de “prosélitos”, cuando se iniciaba un proceso de conversión. En la práctica no se definían con tanta claridad los diversos grados. Los griegos que en Antioquía de Pisidia aceptaron el mensaje de Pablo son presentados como pertenecientes al grupo de “prosélitos adoradores de Dios” (Hechos 13,43).

La llegada de la misión cristiana a “Fenicia, Chipre y Antioquía” (Hechos 8,19), a raíz de la persecución provocada por la actividad de Esteban, final de la sección del libro de los Hechos reservada a los helenistas, culmina con la aparición de los “cristianos” en Antioquía (Hechos 11,26). La novedad de la misión antioquena estuvo en que ya no se trató de predicar el evangelio a judíos helenistas, judíos de la diáspora que utilizaban la lengua griega. La misión se dirigió directamente a los griegos, “Ἕλληνας, primer paso de la misión propia de Pablo. Se dejaba la fase primera de “no predicar la palabra más que a los judíos” (Hechos 11,19).

Las simpatías que el judaísmo pudo suscitar en la población griega no cambiaron la naturaleza propia de la religión hebrea. Aunque admite a quienes desean adherirse a su fe, el judaísmo no ha cultivado nunca un impulso misionero. Y aquí está otra novedad del cristianismo, que desde el principio se sintió llamado a la misión. Aceptados plenamente en la iglesia, los griegos cristianos de Antioquía constituyeron un caso sin precedentes en la tradición hebrea: ser miembros plenos de una secta judía sin cumplir la condición fundamental que era la circuncisión y aceptación de las prácticas distintivas del judaísmo.

Un papel destacado en la formación de la iglesia de Antioquía corresponde a Bernabé. Levita, originario de Chipre, sobresalió por su generosidad en contribuir a los fondos de la comunidad de bienes (Hechos 4,36-37) y por introducir a Pablo ante los Apóstoles superando las reservas frente al perseguidor recién convertido (Hechos 9,26-27). Podemos imaginar que Bernabé pertenecía al grupo de helenistas obligados a huir de Jerusalén a raíz de la persecución. Su rango social y sus posibilidades económicas le permitieron, sin embargo, defenderse mejor de los golpes de aquella situación.

Bernabé fue comisionado por los Apóstoles en Jerusalén para dirigir la formación de la iglesia de Antioquía. Prueba de las buenas relaciones entre Antioquía y Jerusalén fue la ayuda que la comunidad antioquena envió a los hermanos de Judea para aliviar su necesidad en una de las varias épocas en que durante el reinado de Claudio (41-54) el hambre castigó a la población. Es probable que se aluda aquí al hambre del año 47, cuando precisamente la reina Elena de Adiabene visitó Jerusalén y contribuyó a remediar la situación. La ayuda de la iglesia de Antioquía fue llevada a Jerusalén por Bernabé y Pablo y entregada a “los presbíteros”, grupo mencionado aquí por vez primera, que quizá sea una réplica del consejo de personas maduras al frente de la dirección de las sinagogas. Cumplida

la misión regresaron a Antioquía, “llevándose con ellos a Juan, por sobrenombre Marcos” (Hechos 11.27-30; 12,25).

Habiendo arraigado el evangelio en una de las ciudades más importantes del Imperio, desde Antioquía iba a partir la misión hacia otras regiones. El nombre de “cristianos”, usado preferentemente por quienes juzgaban el impacto del nuevo movimiento desde fuera, es la confirmación de que hacia el año 35 comenzó desde Antioquía el desarrollo del cristianismo. El traslado del epicentro desde Jerusalén a Antioquía se vio favorecido por el hecho de que Pedro, liberado de la prisión, se estableció en Cesarea (Hechos 12,19).

Pero no fue solamente un cambio de sede. Se admite generalmente que el relato de la Última Cena ha sido conservado en una tradición proveniente de Jerusalén (Mateo 26,26-29 y Marcos 14,22-25) y en otra elaborada en la iglesia de Antioquía (1 Corintios 11,23-25 y Lucas 22,14-20). Con razón se supone que el paso de la lengua y cultura aramea a la lengua griega, sin corromper el testimonio original, tuvo que originar algunos cambios tanto en la doctrina como en las instituciones. En la carta a los Romanos 1,20-21 se citan dos textos que no se encuentran en la Biblia Hebrea, pues se toman de la versión griega llamada de los Setenta, usada de manera habitual en las comunidades de ámbito lingüístico griego: Sabiduría 13,1-9; Eclesiástico 17,8. La institución de los diáconos para organizar el servicio social revela el influjo de los helenistas, más entrenados en la organización de la vida en las ciudades. Es posible que el influjo helenista se suponga también en la salvedad para la aceptación del ayuno cuando “sea arrebatado el esposo” (Marcos 2,20) y en el fuerte rechazo de las normas judías de pureza legal (Marcos 7,15.19), que los helenistas tomaban como exigencias para entrar en el Templo, carentes de sentido para quienes se habían desligado de él. El discurso de Esteban es la prueba de la reducción la importancia del Templo para los cristianos helenistas. Como un buen grupo de ellos provenía de la Diáspora judía, se comprende que estuvieran acostumbrados a vivir su religión sin gran dependencia del Templo de Jerusalén.

Un indicio de la adaptación al ambiente griego es el dato de que en Antioquía “algunos, naturales de Chipre y de Cirene, se pusieron a hablar también a los griegos, anunciándoles la Buena Nueva del Señor Jesús”, esto es “evangelizándoles”, εὐαγγελιζόμενοι (Hechos 11,20), único lugar del libro de los Hechos en que se alude a la misión con la terminología de “evangelio”. Más allá de esta alusión, lo cierto es que gracias a la actividad de los cristianos de origen griego el cristianismo comenzó a actuar como un movimiento religioso evangelizador.

La importancia de este cambio puede explicar una referencia llamativa en la “tradición” que Pablo recuerda en 1 Corintios 15,5-7. Enumera la aparición del Resucitado a Cefas, “más tarde a los Doce”, τοῖς δώδεκα, luego a más de quinientos hermanos,

“después a Santiago, más tarde a todos los apóstoles”, τοῖς ἀποστόλοις πᾶσιν. El texto llama la atención porque tanto para san Lucas como para nosotros *Los Doce* y *Los Apóstoles* son sinónimos. En cambio, aquí parece que el título de apóstoles se entiende en sentido más amplio abarcando a los “misioneros”, fundadores de las iglesias por las ciudades del Mediterráneo. Éstos verían su vocación en una línea semejante a la de Pablo, que recibió su vocación misionera de Jesús Resucitado.

Una peculiaridad del cristianismo helenista es la insistencia en la presencia plenificante del Espíritu de Jesús en los creyentes. Fue uno de los criterios para la elección de los diáconos, que debían ser “hombres llenos de espíritu” (Hechos 6,3), cualidad que brilló en el más sobresaliente del grupo, Esteban, “hombre lleno de fe y de Espíritu Santo” (Hechos 6,5) y también en Bernabé, “hombre bueno, lleno de Espíritu Santo y de fe” (Hechos 11,23-24). La manifestación del Espíritu se describe como efecto de la gracia, tal como se vio en la conversión de “gran número” de personas en Antioquía (Hechos 11,23) y también en la conversión de Pablo, llamado por gracia divina (Gálatas 1,15: διὰ τῆς χάριτος αὐτοῦ). La manifestación del espíritu como obra de la gracia fue el criterio decisivo para abrir la puerta de la Iglesia (y del “pueblo santo”, según la perspectiva judía), sin cumplir las condiciones de conversión al judaísmo.

La manifestación del Espíritu no era pura exaltación carismática. De una manera intencionada se afirma que “en la iglesia que estaba en Antioquía había profetas y maestros” (Hechos 13,1: προφῆται καὶ διδάσκαλοι). A ellos tocaba organizar el culto de la comunidad, la liturgia, y los ayunos comunitarios, una práctica querida de los helenistas al margen de la postura más radical del evangelio (Marcos 2,20). A ese grupo dirigente se le concede también el poder de comisionar a los evangelizadores enviados por la comunidad. El profetismo era una institución que el cristianismo tomó con mayor entusiasmo de la tradición del Antiguo Testamento. Un rasgo más original es la presencia de “maestros”, mencionados solamente en este lugar del libro de los Hechos. Y no se habla de ninguna otra autoridad superior en la iglesia. El profetismo tiene siempre algo de iluminación y por eso se insiste con frecuencia en el discernimiento de la voz, vehículo preferente de revelación, o de la visión para deducir una indicación segura de lo que Dios propone y quiere. Al magisterio, a los “maestros”, les corresponde ese discernimiento. El grupo que dirigía la iglesia de Antioquía tenía la ventaja de estar formado por personas de procedencia varia: Bernabé; Siméon, “el Negro”; Lucio, el Cireneo; Manahén, “hermano de leche de Herodes” Antipas (o su íntimo amigo); Saulo.

El primero y el último del grupo, Bernabé como profeta y Saulo como maestro saldrán de Antioquía para continuar la difusión del cristianismo por las ciudades del Imperio. “Durante todo un año estuvieron juntos en aquella Iglesia e instruyeron a muchos” (Hechos 11,26). Fue su año de preparación al ministerio apostólico.